

EL ÉXITO EN LA FORMACIÓN ESCOLAR: HACIA UNA ENSEÑANZA MULTIDISCIPLINAR

Julián Sanz Pascual
Licenciado en Filosofía

RESUMEN

Los informes internacionales PISA sobre educación suelen dejar a la enseñanza en España en bastante mal lugar, de manera especial en lo que se refiere a la comprensión lectora de nuestros alumnos. ¿Cuáles pueden ser las causas y cuál puede ser el remedio? Las causas parecen ser múltiples, pero el remedio hay que empezar a buscarlo en el profesor y en el enfoque de la actividad docente.

1. EL PROBLEMA NO ES EL CÓMO SINO EL QUÉ

Generalmente, cuando se habla del fracaso escolar, al instante apuntamos a cómo se da la enseñanza, sin embargo, si lo que se busca es el éxito, no hay más remedio que apuntar primero a qué se ha de dar, lo que nos obliga a poner el acento en la formación de los docentes. En mi experiencia como Profesor de Filosofía de Instituto, se solía decir que había una buena cultura de aula, pero una mala cultura de centro. Mas pienso ahora que ni siquiera es buena la cultura de aula que hay, pues apenas se acenta en lo que se ha de enseñar, ya que cada profesor en su asignatura se considera autónomo, sin atender a lo que debiera ser una formación *multidisciplinar*.

2. LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS

Para que la formación del profesor pueda ser *multidisciplinar*, así como la enseñanza en el aula, es necesario superar ese muro que nuestra mala cultura ha levantado entre las ciencias y las letras. Hay que empezar por entender que ni lingüística ni la literatura ni la historia son saberes de letras en sentido puro. De igual suerte, i las matemáticas, ni la física, ni la química ni las ciencias naturales son saberes de ciencias también en sentido puro. Entonces, el problema se agrava cuando cada profesor se limita a dar su asignatura bien como un saber de letras bien como un saber de ciencias. Esto convierte a la enseñanza en algo antinatural, pues ningún alumno, originado al menos, es de letras puras o de ciencias puras. Mucho menos lo puede ser la cultura que se le ha de dar.

¿Y qué decir de la filosofía, degradada hoy hasta límites increíbles por estar considerada como un saber de letras? Por esto, el gran filósofo escocés David Hume (1711-1776) decía: "Sé filósofo, pero en medio de tu filosofía no dejes de ser hombre". Y nuestro olvidado filósofo catalán Jaime Balmes (1810-1848) se pronunció de forma similar: "Si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, dejo la filosofía y me quedo con la humanidad". Lo mismo debería decir el físico, el lingüista, el matemático, el historiador. La verdad, sin embargo, es que lo que hoy lo que está imperando cada vez más es la especialización, lo que a la larga va a resultar cuando menos empobrecedor.

3. LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

Hoy, con esto de las nuevas tecnologías, el alumno tiene acceso directo a una información como nunca antes se había imaginado, y la sociedad lo está asumiendo ya como algo muy positivo, lo que ha llevado a pensar que todos los problemas de la enseñanza se van a resolver dotando a cada escolar de un pequeño ordenador. Así, al profesor el único papel que le queda es el de asistir a ese alumno para que se entienda con su ordenador. Se ha llegado a decir que de esta manera el alumno puede ser su propio maestro, lo que es falso, pues en todo caso va a depender de toda la cultura, de la buena y de la mala cultura que se haya colado en las *entrañas* de su

ordenador, si es que un ordenador puede tener *entrañas*. Con el ordenador, el alumno gana en autonomía con respecto a cuantos le rodean, padres y profesores principalmente, pero la pierde con respecto a los que desde las sombras manejan la información que sale en la pantalla.

Se parte de un supuesto falso, y es que, lo mismo que antes se nos decía que todo está en los libros, ahora se nos dice que todo está en el ordenador, en Internet como forma rapidísima de acceder a ello. En este caso, no sólo han perdido autonomía los alumnos, sino la sociedad entera, por no decir su cultura. Es más, debido al exceso de especialización, la Universidad (de *versus unus*, la vuelta al uno) deja de ser universidad para convertirse en *diversidad*, y los estudios que se imparten en ella dejan de ser universitarios para convertirse en *diversitarios*.

4. UNA IDEA DE DESCARTES

Esta tendencia a los estudios especializados, ya fue objeto de crítica por parte de Descartes (1596-1650). En la primera de sus *Reglas para la dirección del espíritu*, dice:

"Así, al comparar erradamente las ciencias, que no consisten más que en un conocimiento intelectual, con las artes, que requieren cierta práctica y disposición del cuerpo, y viendo que una misma persona no debe aprender todas a la vez, sino que es más fácilmente mejor artista quien se dedica con exclusividad a una, porque las mismas manos no pueden adaptarse a labrar los campos o a tañer la citara o a oficios diferentes, con tanta seguridad como a uno solo de ellos, creyeron que también lo mismo sucede con las ciencias, y distinguiéndolas por la *diversidad* de sus objetos, pensaron que cada una podía cultivarse aparte, prescindiendo de las demás. No cabe duda de que en esto se engañaron. Pues como todas las ciencias no son más que la sabiduría humana, que es siempre una y la misma por más que se aplique a diferentes objetos, como la luz del sol es una, por múltiples y diferentes sean las cosas que ilumina, no se debe imponer ninguna limitación a los espíritus, pues si el ejercicio de un arte impide que aprendamos otros, el conocimiento de una verdad, lejos de ser un obstáculo, nos ayuda a descubrir otra... Debemos convencernos, pues, de que todas las ciencias están tan íntimamente trabadas entre sí que es mucho más fácil aprenderlas todas a la vez que una sola, separándola de las demás". (1)

Me parece que este texto de Descartes tiene hoy una aplicación muy clara al problema que nos estamos planteando aquí: basta sustituir la palabra "artes" por la palabra "técnicas". En efecto, en las técnicas es donde es necesaria la especialización si no se quiere caer en la ineficacia, no así en las ciencias, que, debidamente cultivadas y expuestas, fácilmente se pueden convertir en un factor de mutuo enriquecimiento.

5. EL LENGUAJE ORDINARIO, SU FÍSICA Y SU METAFÍSICA

Parece incuestionable que el saber más universal, el que resulta imprescindible para toda clase de escolares es el lenguaje ordinario, pues es el instrumento que utiliza todas las ciencias para entenderse con ellas mismas y con las demás. Ahora bien, este lenguaje no es sólo un instrumento, sino que también es una fuente de sabiduría, la que se ha ido acumulando a lo largo de siglos por no decir de milenios. Entonces, la cuestión no es sólo enseñar a toda clase de escolares a utilizar correctamente ese lenguaje, sino también entrar a fondo en él para descubrir los muchos y profundos valores intelectuales que encierra. Por eso en este epígrafe nos vamos a ocupar de la física y de la metafísica del lenguaje ordinario.

a) La escritura y la lectura

El primer hecho con el que se enfrenta el lingüista es con que la lengua tiene dos manifestaciones bien diferenciadas: la escrita y la hablada, lo que nosotros vamos a llamar la escritura y la lectura. Entonces, la primera pregunta que cabe hacerse es si la lengua es la escritura o es más bien la lectura. Saussure lo resolvió así:

"Lengua y escritura son dos sistemas distintos; la única razón de ser del segundo es representar al primero; el objeto lingüístico no es definido por la combinación de la palabra escrita y de la palabra hablada: esta última constituye por sí sola ese objeto. Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de la que es imagen, que termina por usurpar el papel principal; y se llega a dar a la representación del signo vocal tanta o

más importancia que al signo mismo. Es ce o si se creyese que para conocer a alguien vale más mirar su fotografía que su rostro". (2)

Nuestra propuesta va a ser bien distinta, pues entendemos que escritura y lectura son dos manifestaciones del mismo hecho lingüístico, cada una con su particular aportación. La escritura, que es espacial, presta al lenguaje su geometría, lo que le da consistencia y facilita su análisis, mientras que la lectura, que es temporal, presta su aritmética, lo que le da dinamismo y facilita su síntesis.

b) Del lenguaje escrito al hablado y al pensado

Al principio de uno de sus libros de lógica, *De la expresión o Interpretación*, hace Aristóteles esta interesante distinción:

"Las palabras habladas son símbolos o signos de las afecciones o impresiones del alma; las palabras escritas son signos de las palabras habladas. Al igual que la escritura, tampoco el lenguaje (hablado) es el mismo para todas las razas de hombres. Pero las afecciones mentales en sí mismas, de las que las palabras son primariamente signos, son las mismas para toda la humanidad, como lo son también los objetos, de las que estas afecciones son primariamente representaciones, semejanzas, imágenes, copias" (3).

Lo que viene a poner en cuestión el filósofo es que la esencia del lenguaje sea la escritura, también que sea el habla, pues en ambos casos cada raza de hombres las tiene distintas, sino que la verdadera esencia estará en el lenguaje pensado, que es único y el mismo para todas las razas de hombres, pues en él todos nos podemos entender.

Pasados los siglos, el nominalista Guillermo de Ockham (s. XIV) recoge la idea de Aristóteles y plantea lo que alguien ha llamado, yo creo que con acierto, "la significación *natural* de los signos *convencionales*". Los signos, de acuerdo con su nominalismo, son convencionales, pero su forma de significar no lo es. Si los signos fuesen absolutamente convencionales, cada uno debería tener siempre la misma significación de acuerdo con la convención que se hubiese establecido. Sin embargo, a poco que se estudien las diferentes partes de la oración, desde el artículo hasta la interjección, pronto se advierte que no hay un solo término que no tenga más de una acepción, algunos muchas, incluso se puede decir que éstas nunca están cerradas del todo, sino que la creatividad de hablantes y escritores siempre tiene la posibilidad de encontrarlas nuevas.

A este respecto, me viene a la memoria la réplica de un personaje en una comedia de Jardiel Poncela, *Los ladrones somos gente honrada*. Dicho personaje había salido ileso de un intento de asesinato, y el que estaba con él le dice: "Te *han podido* matar". Entonces el aludido contesta: "Sí, pero *no me han podido* matar". Desde el punto de vista de la lógica, se trata de dos acepciones de la forma "han podido" formalmente contradictorias, pues "han podido" y "no han podido" son ciertas, y además al mismo tiempo; pero realmente sólo son paradójicas, pues, aunque se trata de la misma forma, el contenido en cada caso es muy distinto: en el primero, "han estado a punto de...", en el segundo, "no han sido capaces de...". Ante una situación así, el más equilibrado ordenador se descompone; el hombre también se descompone, pero es de risa.

Pues bien, Ockham, para hacer frente a esta dificultad, entiende que, aunque los signos son convencionales, la manera de significar no lo puede ser, sino que tiene que ser natural. Nosotros diríamos hoy que no puede ser *analítica* o por separado, sino que tiene que ser *sintética* o por relación. Lo que pasa es que Ockham todavía no lo dijo así, sino que él entendía que el concepto es natural en el sentido de que es universal, "el mismo para todas las razas de hombres" en palabras de Aristóteles. Esto es lo que hace posible que todos los hombres nos podamos entender y que, por lo tanto, sea posible la traducción de unos idiomas a otros. La diferencia entre el ordenador y el hombre está en que, mientras aquél sólo maneja signos, bien gráficos, bien sonoros, éste maneja también conceptos, "las afecciones mentales en sí mismas" según las llama Aristóteles. Por eso a nosotros nos resulta tan sencillo entender, por ejemplo, un chiste:

Dos amigos se encuentran y uno le dice al otro: "¿No sabes? Me he casado con *una muda*". Y el otro le contesta; "¿Ah, sí? Pues yo, chico, me he casado con *lo puesto*".

Es evidente que el hablante humano tiene en su memoria, además del signo, el paradigma de los diferentes significados que puede desencadenar, y es el contexto, bien lingüístico bien de otra naturaleza, el que después hace saltar como un chispazo el que corresponde en cada situación.

c) El principio de identidad y su aplicación al lenguaje

En la historia del lenguaje, como suele ocurrir en todas las historias, se ha producido una situación paradójica. La aplicación del escrito, como expresión espacial del hablado, parecía que iba a resolver todos los problemas de identidad. Es claro que el lenguaje hablado es muy dinámico, muy poco consistente por tanto: "las palabras se las lleva el viento" se suele decir. Menos consistente aún es el pensado. Nosotros dominamos nuestro pensamiento en la medida en que lo transformamos en lenguaje hablado, en palabras, aunque se trate de un hablar meramente mental.

Ahora bien, la diferencia de fondo entre el lenguaje hablado y el pensado está en que, en cada caso, *nos atenemos a una temporalidad distinta*, lo que es tanto como decir *a un dinamismo distinto*. Pues bien, en medio de ese dinamismo y de la natural inconsistencia de los lenguajes hablado y pensado, al aparecer la escritura y, sobre todo, al producirse el fenómeno de *lafonetización* o identificación entre los lenguajes hablado y escrito, al poder disponer ya de una "geometría", parecía posible someter al lenguaje al principio de identidad.

Cuando una conversación, un discurso, un razonamiento o una narración se convierten en escritura, es decir, cuando el lenguaje se hace descripción, parece que todas las incertidumbres han de desaparecer y la identidad ha de acabar como dueña y señora de la escena: ¡ya podemos descansar tranquilos! Sin embargo, ¡afortunadamente!, la cosa no ha sido así, sino que la escritura pronto se contaminó de la incertidumbre de la lectura, lo que, en el fondo, no es nada distinto a lo que les ha ocurrido a los hombres de ciencia, especialmente a los físicos, cuando pensaban que, aplicando fórmulas matemáticas a sus objetos de saber, iban a desaparecer todas las incertidumbres.

En términos muy sencillos y en lo que al lenguaje se refiere, la identidad consistiría en la propiedad que debe tener cada signo de ser siempre el mismo, es decir, de estar siempre en sintonía con su correspondiente concepto. Esto, en principio, no debería plantear dificultad alguna: basta un sistema de signos gráficos que se identifiquen con los sonoros, a la vez que un sistema de signos sonoros que se identifiquen con los mentales. Realmente es así siempre que el mensaje es debidamente captado, siempre que sus contenidos se corresponden con los que ha querido expresar el sujeto emisor. Realmente es así, pero formalmente no siempre lo es. La falta de identidad se puede plantear en los diferentes niveles de signos: en las letras, en las sílabas, en las palabras o en las frases, incluso en los párrafos enteros

Claro está que donde el problema comienza a ser preocupante primero y sangrante después es a partir de las palabras, que son los elementos considerados como unidades significativas mínimas; aunque en las letras y en las sílabas también hay problemas cuando éstas se cargan con alguna clase de significación. Tal sería el caso de las desinencias de género y de número: "s" o "es" para el plural, "a" para el femenino, "o" o "e" para el masculino. Son muchas las palabras en las que un cambio de alguna de estas desinencias no implica un cambio de género o de número, sino que simplemente son palabras distintas: *cazo* y *caza*; *moto*, *mota* y *mote*; *plazo*, *plaza*. Lo mismo podemos decir de otras muchas desinencias como aumentativos y diminutivos: una *manzanilla* no es una manzana pequeña como sería lo lógico, lo mismo que un *arañazo* tampoco es una araña grande.

En cuanto a las palabras, que es donde fundamentalmente se deberían plantear los problemas de la semántica, son hechos universalmente conocidos los de la *homonimia* y de la *sinonimia*. Si yo encuentro escrita esta frase, "Entro en la biblioteca y *tomo* un *tomo*", se me ofrecen dos términos "*tomo*" visualmente idénticos, pero que, al sentido, sabemos que no significan lo mismo. En la terminología de Leibniz, se puede decir que son dos términos *indiscernibles*, pero que no son *idénticos*. El valor de la identidad no se queda aquí en la superficie de las formas visuales, sino que va al fondo, a los contenidos. El problema, a efectos prácticos, está en si esta *no identidad de los indiscernibles* es una excepción o más bien se trata de la regla. Si vamos al diccionario, nos encontramos con que la mayoría de las palabras, por no decir todas, tienen más de un significado, algunas muchos.

En las frases, el problema es similar. Mientras no se nos dé el contexto correspondiente, no sabremos cuál es el mensaje preciso. En lo que a párrafos largos se refiere, a textos enteros, incluso a obras completas, las posibilidades de interpretación pueden ser muchas y muy variadas.

d) Breve apunte sobre la historia de la escritura

Uno de los estudios más profundamente marginados en nuestra cultura y menos asumidos en los planes formativos de la enseñanza a todos los niveles, son los que se refieren a *la historia de la escritura*. Desde muy niños se nos ha enseñado a escribir, pero a nadie prácticamente se nos ha enseñado qué era eso de la escritura, cuál ha sido su origen y cómo se ha llegado a esto que hoy tenemos. Tan es así que, echando la mirada hacia atrás, al menos en lo que se considera ya tiempo histórico, uno tiene la sensación de que la escritura es consustancial al hombre, algo propio de su naturaleza racional, algo que ya está dado y fijado de una vez por todas, al menos desde que algún un dios se la entregó como regalo a los hombre.

Así es como la entiende Platón, por ejemplo, quien nos cuenta en el *Fedro* cómo el dios Theuth se la entregó al rey Thamus, y el diálogo que ambos mantuvieron sobre el valor, tanto positivo como negativo, que se puede atribuir a la escritura. Platón la considera como el elixir de la memoria, lo que, según él, no hará más sabios a los griegos, pues con la escritura sólo aprenderán de manera externa (3). Lo que fácilmente sería aplicable a la realidad de hoy, pues se piensa que las nuevas tecnologías, con su potencia de memoria, van a resolver todos los problemas del saber a los escolares.

Con respecto a la historia de la escritura, sólo voy a anotar aquí que el origen de las letras son dibujos de animales, de plantas o de cosas. A título de ejemplo, proponemos este cuadro tomado del Espasa Abreviado:

		EGIPCIO	FENICIO	GRIEGO				LATINO				HEBREO	
1	ÁGUILA							ALFA					ÁLEPH
2	BUITRE							BETA					BETH
3	TRONO							GAMMA					GHÍMEL
4	MANO							DELTA					DÁLETH
5	MEANDRO							EPSILON					HE
6	CERASTES							DIGAMMA					VAU
7	PATO							ZETA					ZÁIN
8	CRIBA							ETA					JETH
9	TENAZAS							ZETA					TETH
10	PARALELAS							IOTA					YOD
11	TAZA							KAPPA					CAF
12	LEONA							LAMBDA					LÁMED
13	BUHO							MY					MEM
14	AGUA							NY					NUN
15	RESPALDO							XI					SÁMECH
16	...							OMICRON					JJAIN
17	PUERTA							PI					FI
18	VÍBORA							SAMPÍ					TSADE
19	ÁNGULO							RHO					KOF
20	BOCA							RHO					RESCH
21	JARDÍN INUNDADO							SIGMA					SHIN
22	LAZO							TAU					THAU
								I					I
								H					H
								G					G
								D					D
								C					C
								B					B
								A					A

Conviene añadir que el origen concreto de cada letra es algo que no está claro, menos aún cerrado, pues cualquier otro cuadro que consultemos señala como origen de cada letra dibujos distintos. Se trata, pues, de una historia muy antigua, también muy rica y muy apasionante.

A la vista de lo que sabemos del pasado, lo que está claro es que hubo un tiempo en que no se sabía escribir. Se suele decir que los pueblos entran en la historia en el momento en que empiezan a tener documentos escritos. Según Gelb, la escritura tiene unos cinco mil años de antigüedad solamente. Se entiende la de los pueblos de culturas avanzadas. La escritura alfabética, que es la nuestra, la más evolucionada se supone, tiene una antigüedad muy inferior a los cinco mil años, acaso se pueda quedar en poco más de tres mil. Lo que parece evidente es que la historia de los pueblos y su protagonismo sobre todo están profundamente ligados a la historia de la escritura, a su proceso de evolución. Sólo así se explica el protagonismo de los pueblos del Oriente Medio en la antigüedad, principalmente los imperios caldeo, asirio y egipcio.

En Occidente, los grandes beneficiarios de la progresiva conquista de la escritura fueron los fenicios primero y los griegos después, que no se limitaron a recoger la herencia, sino que la cultivaron mejorándola notablemente con la creación del alfabeto vocálico, lo que se puede decir que es la culminación del proceso de perfeccionamiento de la escritura -nos referimos a la perfección analítica o de los signos más primarios, las letras-, constituyendo la base de todos los alfabetos del mundo occidental. No ocurrió lo mismo en el Oriente. En el Extremo Oriente, representado especialmente por China, la escritura se estancó en la forma que se ha llamado logo-silábica, que se caracteriza por ser radicalmente analítica, de ahí la enorme complejidad de su sistema de signos.

En el Oriente Próximo, los ejemplos más conocidos son los de las escrituras semíticas, el hebreo y el árabe principalmente, que se estancaron en la fase siguiente, en la escritura consonántica, lo que se ha convertido en una fuente de dificultades para entenderse entre sí y con el mundo occidental. No es que las diferencias de escritura lo expliquen todo, pero sí nos pueden dar una pista para entender mejor los problemas de los pueblos en su afán de entenderse y progresar.

e) El no-signo o silencio

Si profundizamos un poco más en la escritura, pronto descubrimos que lo verdaderamente misterioso en ella no son precisamente los signos, que éstos están todos identificados, al menos en sus formas visibles; sino que lo verdaderamente misterioso e inquietante es el *no-signo*, un *signo* que significa sin estar materialmente presente, lo que parece una contradicción.

En el lenguaje hablado es donde el no-signo se identificaría más propiamente con el silencio, lo que da lugar al lenguaje silencioso. Es decir, en el lenguaje hablado no sólo significan los sonidos que se emiten, sino también el tiempo en que se emiten, incluso el tiempo en que no hay sonidos. El desarrollo del lenguaje hablado, leído podemos decir, se desarrolla sobre un fondo temporal, lo que hace que el tiempo puro o *silencio* juegue un papel decisivo, pues cada signo sonoro va a significar no tanto en sí cuanto en función de las relaciones que desencadena el fondo temporal sobre el que está pronunciado. Por poner una analogía bastante válida: en la música hay unos sonidos con su altura, las notas, pero además está el tiempo en que son emitidos. Este tiempo ha de responder a una ley o cadencia, que en el aprendizaje se mide mediante el metrónomo, siendo éste no tanto la medida del tiempo, que eso lo hace el reloj, como su ley; pero una ley que no es tanto un camino estrecho que necesariamente hay que seguir, cuanto una referencia para no perderse en el loco deambular. Si la interpretación musical ha de ser sobre todo creación, entonces no conviene ajustarse al metrónomo como si fuese un corsé, sino tomarlo más bien como un campo de juego donde es posible la libertad. Porque sin limitaciones no hay libertad, ésta es la paradoja, sin reglas para jugar no hay juego posible, sólo habrá dispare.

El lenguaje hablado, la lectura, exige hacerse dentro de un campo de juego posible, dentro de unos límites temporales. Esto no quiere decir que haya una sola manera de leer un texto, sino que sólo será verdadera lectura la que se haga dentro de un determinado marco temporal, aquél en que se haya querido mover el autor, que no necesariamente ha de estar estrictamente definido. Es que el orden temporal significa, significa el ritmo y la cadencia, significa también la pausa. Si no es así, es que se trata de un lenguaje amorfo, sin estructura temporal, lo que lo hace muy poco apto para poder expresarse con sencillez.

f) El fonetismo: de la racionalidad del lenguaje a la significación al sentido

Entre los hechos más decisivos y profundos de la historia de la escritura, está sin duda uno al que ya nos hemos referido, el llamado *fonetismo*, muy poco estudiado. Originariamente el lenguaje escrito tuvo un desarrollo independiente del hablado, hasta que un día se sintió la necesidad de identificarlos. A este fenómeno es al que se ha llamado *fonetismo*. Según Gelb, esta necesidad de identificación se sintió primeramente con respecto a los nombres propios de persona. En efecto, basta considerar las dificultades que hay para dar a cada persona un nombre distinto, lo que en una comunidad numerosa resulta prácticamente imposible. Entonces, para distinguirlas, es necesario tener en cuenta también el contexto: el mismo nombre de persona puede referirse a distintos individuos, siendo la persona y el momento en que los pronuncia el determinante del individuo a que se refiere concretamente en cada caso. El fonetismo, sin embargo, acabó afectando a toda clase de signos, desde los más simples, las letras, hasta los más complejos, las proposiciones. El mismo Gelb afirma que

"toda escritura fonética puede y en definitiva debe ser descifrada si se conoce el idioma expresado por ella".

Y pone como prueba este contraejemplo:

"Como las lenguas mayas (precolombinas) se encuentran aún en uso, y, por tanto, son conocidas, nuestra incapacidad para descifrar el sistema de su escritura significa que no se trata de un sistema fonético" (5).

Hoy el fonetismo sigue vigente en nuestros idiomas, pues toda expresión hablada tiene su correspondiente escrita, y a la inversa. Esto al menos es así en teoría, no siempre en la práctica, pues hay muchos valores significativos de la lectura que son difícilmente trasladables a la escritura, también a la inversa. Es lo que va de la racionalidad del lenguaje a la significación al sentido.

Comencemos diciendo algo que ya se ha apuntado más arriba, que la relación entre la escritura y la lectura es mucho más profunda de lo que a primera vista pudiera parecer, y va mucho más allá del *fonetismo* como mera identificación mecánica, pues la escritura no se limita a ser el *soporte* visual de la lectura ni la lectura el *soporte* auditivo de la escritura. La escritura presta al lenguaje un soporte de racionalidad que la lectura por sí misma no tiene o haría muy difícil, pues, como ya hemos dicho, "las palabras se las lleva el viento". La escritura, para empezar, transforma en estático y fijo lo que originariamente es dinámico y cambiante. Esto facilita el análisis, pues el lenguaje escrito presta su *geometría* al hablado. Esta geometría se podía corresponder muy bien con lo que hemos denominado el no-signo. Este no-signo, hemos dicho, es el espacio en el lenguaje escrito, el tiempo en el hablado, lo que permite, entre otras cosas, que el diferente orden de los mismos signos también pueda significar. Ahora bien, aunque esto lo entendemos mejor en el lenguaje escrito que en hablado, al menos por aquello de la *evidencia*, es en el hablado donde cada término mejor nos ofrece al sentido el contenido conceptual que le corresponde. La escritura, la letra, nos da razón del lenguaje; la lectura, la música, nos da el sentido del mismo. Pongamos un ejemplo:

"Salí de mi casa y, al *doblar* la esquina, me encontré con un amigo que se disponía a *doblar* el periódico que acababa de comprar. Me dijo que en ese momento no podía acompañarme, pues tenía que ir a *doblar* los riñones al huerto de su padre. Yo le dije que también tenía prisa, pues me esperaban en los Estudios para *doblar* una película y más tarde habría de ir a un rodaje donde tenía que *doblar* a un importante actor. Finalmente, como oyésemos *doblar* las campanas, nos separamos, no sin antes haber acordado *doblar* la apuesta que cada semana hacemos en las quinielas".

¿Cómo se explica que con el mismo signo visual, *doblar*, se puedan ofrecer tan fácilmente hasta siete contenidos conceptuales distintos, incluso contradictorios en algún caso, pues "doblar un periódico" es reducir su superficie a la mitad, mientras que "doblar una apuesta" es multiplicarla por dos? La explicación que se suele dar es eso tan socorrido del *contexto*. La cosa, sin embargo, es bastante más profunda: si nosotros podemos discernir dos signos visuales que parecen idénticos es porque transformamos la escritura en lectura, aunque sólo sea mentalmente como ya hemos dicho. Esto supone *secuencializar* los *términos* convirtiéndolos en *palabras*, lo que hace que la *espacialidad* se convierta en *temporalidad*, que la letra se haga música. Es cuando los *términos*, al pasar del sentido de la vista al del oído convertidos en *palabras*, más fácilmente pueden dejar de significar en si o de forma *analítica* para pasar a hacerlo de forma *sintética* o por relación. Dicho en otros términos, cuando la letra, que originariamente es plástica, se nos hace música, que es acústica.

g) El sentido y la teoría de la relatividad.

Estamos hablando del sentido, o de entender al sentido, como de algo que parece muy fácil de comprender, sin embargo se puede quedar en pura retórica si no lo explicamos con un poco de profundidad. Nosotros, para transformar la escritura en lectura, primero la sonorizamos, cosa que también puede hacer la máquina, pero después hemos de convertir esa sonorización, que incluso puede ser puramente mental, en lenguaje pensado, que es cuando realmente se produce la *identificación* de los signos lingüísticos, escritos primero y hablados después, con los conceptos o ideas correspondientes, la *verdadera lectura*. Esto dicho así parece muy sencillo, el problema hondo está en que, como ya hemos visto, si bien existe una correspondencia biunívoca entre los signos escritos y hablados, no ocurre lo mismo entre éstos y los pensados. ¿Cómo es posible entenderse en un lenguaje

así? Decir que gracias al sentido, es tanto como explicar un misterio con otro, sino que es necesario desentrañar qué es esto del sentido, cómo funciona al menos.

Nosotros vamos a tratar de explicarlo en términos de temporalidad, que es como en la física moderna se suele abordar el dinamismo de sus objetos, mejor dicho, los diferentes dinamismos, que no hay manera de unificar. En el fondo de nuestra explicación va a estar la célebre *teoría de la relatividad*, enunciada por Albert Einstein a principios del siglo XX y aplicada a la física. Como se sabe, el problema capital que afronta esta teoría está en la imposibilidad de encontrar un reloj universal al que se pudiesen ajustar todos los relojes del mundo, incluso los naturales, los que marcan el tiempo en función del movimiento de los astros. Este desajuste temporal, que es el caballo de batalla de la célebre teoría, es el que se produce también entre los lenguajes hablado y pensado. En general, estamos persuadidos de que en el momento mismo de pronunciar una palabra ya se nos ofrece el contenido conceptual correspondiente, lo que no es cierto: nuestro lenguaje no funciona de una manera tan automática. De esto ya la neurociencia más al día se ha ocupado, pero a nosotros nos basta un sencillo ejemplo para comprobarlo.

En una ocasión, estando yo absorto en mi trabajo, alguien a mi espalda me preguntó: "¿Ha venido Ricardo?". Mi respuesta fue: "¿Quién?... Si". Es claro que con la interrogación "¿Quién?" respondía a la primera parte de la pregunta, "¿Ha venido...?", sin incluir la palabra "Ricardo". Con la afirmación "Si" ya respondía a la pregunta completa en la que iba incluida dicha palabra. El hecho es que después de haber oído la palabra "Ricardo" pregunté "¿Quién?", lo que quiere decir que, a pesar de haber llegado a mis oídos, no la había identificado en mi mente. Y después de decir "¿Quién?", sin que hubiese aclaración alguna por parte de mi interlocutor, identifiqué mentalmente el término "Ricardo".

Es evidente, pues, que hay un desajuste temporal entre el momento en que oímos un término y el momento en que lo identificamos mentalmente. Esto hace que entendamos el contenido de una palabra en un instante distinto a aquél en que ha sido pronunciada. Con un chiste lo podemos entender mejor aún:

A un señor le preguntan: "¿A usted le *gustan* los niños?" Y el señor responde: "Sí, sí, yo *como* de todo".

Lo que está claro es que el término "*gustan*" tiene un contenido conceptual distinto en la pregunta que en la respuesta. Para que esto pueda ser así es necesario que haya un desajuste entre el momento en que se oye la palabra y el momento en que se identifica con el concepto correspondiente, lo que hace posible entender el contenido de un término un tiempo después de haber sido pronunciado. Así, el término "*gustan*" tiene dos significados distintos, bien que éstos se nos den en tiempos distintos, lo que no es más que la aplicación del principio de contradicción en su acepción débil o temporal: "una cosa no puede ser y no ser *al mismo tiempo*", pero *sí en tiempos distintos*, podemos añadir.

Lo que parece claro con todo esto es que nuestro lenguaje pensado no es automático, lo hemos dicho, sino que en el pensamiento hay una cierta autonomía, pues éste no se identifica sin más con el lenguaje hablado, mucho menos con el escrito. Ahora bien, esta autonomía del lenguaje pensado la podemos explicar en términos de temporalidad, que es lo mismo que ha tratado de hacer la teoría de la relatividad para explicar los fenómenos de la naturaleza. Y decir temporalidad es tanto como decir dinamismo, que en esto consiste la superioridad del lenguaje pensado sobre el hablado y más aún sobre el escrito, en su mayor dinamismo, quizá mejor, en su diferente dinamismo.

En resumen, entender al sentido es posible por la diferente temporalidad entre los lenguajes hablado y pensado. A lo largo de la historia han sido muchos los lingüistas que han batallado contra este dinamismo intentando ajustar el pensamiento a la palabra. Esto sólo es posible si fijamos el pensamiento, pero fijar el pensamiento es tanto como desnaturalizarlo, destruirlo o matarlo. La teoría de la relatividad tiene la virtud de asumir el dinamismo de la realidad, los desajustes de la temporalidad en las cosas, que es precisamente lo que las hace dinámicas, lo que las hace auténticas cosas, *realidades* en una palabra. Esto implica que no haya fórmulas capaces de darnos razón absoluta de estas cosas, lo que exige que nos veamos obligados a conformarnos con la razón relativa, a aplicar el principio de contradicción

débil tal como hemos dicho, de ninguna manera el principio de contradicción fuerte, el que simplemente dice que una cosa no puede ser y no ser, sin tener en cuenta el tiempo.

Estoy en condiciones de afirmar, y creo que sin miedo a equivocarme, que todo lo que acabamos de decir con respecto al lenguaje es *una auténtica novedad*, aunque no sea absoluta, al menos en lo que se refiere al pensamiento filosófico, pues, como siempre ocurre, ya alguien antes habrá hecho algún apunte sobre ello. Y este alguien ha sido nada más y nada menos que nuestro olvidado filósofo catalán Jaime Balmes al que ya hemos hecho una referencia. Él trató de hacer frente a las falacias en que se puede incurrir en una argumentación si no se tiene en cuenta el hecho del diferente contenido que puede tener la misma palabra a lo largo de un discurso. Y añadió esta aguda observación: que *el significado de una palabra no lo descubrimos en el momento mismo de oírla, sino un tiempo después*, y esta diferencia temporal es la que hace posible que un mismo término lo podamos entender con significados diferentes (6).

h) El lenguaje y la neurociencia

Finalmente se puede añadir que todo esto está en línea también con lo más al día del pensamiento en lo que respecta a los últimos avances de la *neurociencia*. Entre las cosas que esta ciencia comienza a tener mínimamente claras es que la relación entre el lenguaje y el pensamiento no es una cosa tan sencilla como hasta ahora se había supuesto. Esto ha llevado a una controversia que durante algún tiempo ha estado en el candelero, a si es posible o no el pensamiento sin palabras. Parece ser que el estudio de diferentes clases de *afasias* - falta de algún lenguaje por lesiones traumáticas u otras causas - ha llevado a observar que los sujetos que las padecen no pierden su capacidad de pensamiento. En este caso parece claro que el pensamiento no depende de las palabras del lenguaje, al menos de forma absoluta. En efecto, nosotros lo hemos dicho, el pensamiento tiene una autonomía con respecto a los lenguajes hablado y escrito, pero no cabe duda de que esto no implica una independencia absoluta y total. Porque es evidente que nuestra capacidad de pensamiento depende nuestra riqueza de ideas, y nuestra riqueza de ideas está íntimamente relacionada con nuestra riqueza lingüística.

Sólo añadir que la neurociencia moderna trata de explicar estos problemas desde el interior del cerebro, desde su fisiología, atribuyéndolos a la ruptura de las conexiones neuronales bien por enfermedades bien por traumatismos u otras causas.

6. CONCLUSIÓN

Estamos buscando el éxito escolar y hemos puesto como recurso la formación *multidisciplinar* del profesor. Así, hemos empezado hablando del lenguaje, pero lo hemos procurado hacer en unos términos que estén no sólo alcance de los lingüistas, que suponemos son alumnos de letras, sino de cualquier alumno de ciencias, de los físicos de manera especial, pues hemos tratado de explicar el dinamismo del lenguaje ordinario en los términos de la teoría de la relatividad, que ha sido uno de los capítulos más brillantes de la física moderna.

7. BIBLIOGRAFÍA

- 1) R. DESCARTES: *Reglas para la dirección del espíritu*, A. T. 360-1.
- 2) FERDINAND SAUSSURE: *Curso de lingüística general*, Akal, Madrid 1980, p. 53.
- 3) ARISTÓTELES: *De la expresión o Interpretación*, lib. I.
- 4) PLATÓN: *Fedro*, 275 a.
- 5) IGNACE L. GELB: *Historia de la escritura*, Alianza, Madrid 1990, p. 84.
- 6) JAIME BALMES: *Filosofía fundamental*, B. A. C., Madrid 1963, lib. IV, cap. XXVIII.